

...Y vivieron felices para siempre

Stephanie Vilchez

Colaboradora

Para mujeres

Parece que a Walt Disney se le extraviaron los últimos capítulos de los cuentos de hadas, ya que hacen parecer que las relaciones de pareja terminan con la boda, cuando en realidad ahí es donde empiezan.

La mayoría de las mujeres estamos socializadas para pelear por nuestros hombres con feroces criaturas, que en la realidad son exactamente igual que nosotras, así que los dragones, la magia negra y la bruja mala, se reducen en la realidad a otra mujer, con mejores atributos físicos, más dinero, con ropa más bonita, más experiencia, mejores técnicas de conquista o bien es solamente una alucinación que nosotras mismas nos creamos.

En el mundo real peleamos con monstruos que tienen nuestros mismos problemas, complejos e inseguridades, todas pelean por tener el gran premio... Una boda hermosa, el príncipe consorte por fin será solo y exclusivamente de nosotras y la atención del mundo entero, nuestro mundo, por lo menos por un día se centrará en nosotras.

Ganamos! Tenemos el premio, nos casamos, vamos de luna de miel, regresamos a la casita de nuestros sueños y ¿ahora qué? No recordamos que seguía en la historia.

Y es que si seguimos las historias de los cuentos, nos encontraremos con que la sirenita le reclama a su esposo el hecho de que ella dejó su vida "bajo el mar" dejó su familia, perdió su cuerpo de pez para poder tener piernas y vivir junto a él y todo para qué? Para ser quien le recoge los calcetines que deja tirados por la casa, quien le lava los calzoncillos que aparte tienen huecos y son casi transparentes.

La cenicienta por su lado, reclama a su príncipe que ella siente que él le saca en cara el haberla sacado de la pobreza, pero ella vale! Ella es hija de un rey y no tiene por ningún motivo que estar esperándolo hasta tarde mientras llega de andar con sus amigos.

Lo cierto es que podríamos seguir inventando "finales felices" a las historias que nos cuentan desde que estamos en el vientre materno o bien podríamos ver que al casarnos vemos una cruda realidad de nuestra pareja, vemos como se ven al despertarse, tenemos que compartir todo, absolutamente todo, oímos ruidos que preferiríamos no haber escuchado cuando "nuestro príncipe" está un poco enfermo del estómago, o peor aún, él nos oye a nosotras, perdemos mucha de nuestra intimidad y nuestro espacio.

Muchas creemos que nuestros problemas de novios van a desaparecer al dar el sí frente al altar o un abogado y llevarlos a convivir bajo el mismo techo pero no es verdad todo se acrecienta, toma fuerza y llega un momento en que la fantasía desaparece y lo que queda al final es el amor verdadero.

Por que el amor no es más que la decisión que tomamos de seguir una convivencia con aquella persona que nos vuelve locos, quien tiene defectos que no imaginábamos que alguien pudiera tener y mucho menos nosotras soportar, además nos crítica, nos juzga sin clemencia, dice que tenemos mucha ropa, que no ocupamos más, que duramos mucho en alistarnos, que siempre llegamos tarde e infinidad de cosas pero al final es quien cuando tenemos problemas, nos escucha, nos trata de entender y quien nos apoya en nuestros proyectos más descabellados, y siempre al final de una discusión dice esa frase tan acertada que nos devuelve la sonrisa al rostro.

Para hombres

El hecho de casarse para el hombre representa más que una ilusión, representa más responsabilidades, más preocupaciones y más problemas. Los hombres generalmente no piden matrimonio por el impulso del enamoramiento, generalmente, planifican, negocian, valoran y calculan cada una de las implicaciones que conlleva casarse.

Pero a partir de este momento el hombre conoce a su mujer, ella comienza no solo a pedirle amablemente, sino a exigirle que cumpla sus sueños de niña, el hombre no entiende qué le ha pasado a su novia, que siempre mantuvo la cordura durante el noviazgo.

Y es que si bien el noviazgo es un ensayo de nuestros roles como conyugues, la preparación al matrimonio es señal de alerta para el hombre, ahí salen a flote las peores malacrianzas de su princesita quien hasta ahora lo tenía a gusto, es aquí donde caen las pantallas y viene la realidad.

Al dar el sí, hay un evento casi mágico, la dulce princesa se convierte en un saco de conflictos existenciales, primero le pide a su esposo que no sea como su padre, porque él le dio mala vida a su madre, ella no quiere ser como su madre y cuando se ve repitiendo sus conductas se deprime y no logra manejar el estrés.

Por otro lado se da cuenta de los rituales de belleza que tiene su esposa, antes solo pasaba por ella y ya estaba lista, ahora observa extrañado como se vuelve loca, buscando qué ponerse, ante un armario repleto de ropa dice “no tengo que ponerme”; luego sigue la fase de maquillaje, después que si plancharse o hacerse colochos, el hombre se da cuenta de las horas que dura para tener listo el producto final que casi siempre es: “No debí ponerme esto, ves, me hubieras dado más tiempo, siempre me presionas y soy yo quien quedo mal, qué va pensar la gente de mi...”

Llora a cada momento ¿Qué le pasó? Ni ella misma lo sabe, pero eso sí, demanda que su esposo sea quien adivine y le explique qué es lo que ella está sintiendo, peor se pone todo cuando ella está con la menstruación, las hormonas a flor de piel, el hombre no sabe si lo odia a muerte o si lo ama incondicionalmente, es como si fuera dos, tres, cuatro personas.

La familia de él no es bienvenida pero cuando viene la de ella se prepara la mejor comida (muchas veces pagada a hacer por el esposo) se sirve la mesa con la mejor vajilla y todos deben parecer felices, aunque en realidad estén enojados.

Y es que las mujeres por más que presumamos que somos las que expresamos sentimientos, no sabemos identificar que nos sucede, ya sea que estemos enojadas, felices, tristes, o preocupadas terminamos expresándolo de la misma manera, llorando! Y los hombres no pueden manejar tanta lágrima, no entienden porque si tenemos un problema con un familiar, compañera de trabajo o una amiga, no podemos decírselo, y no podemos porque no sabemos, no somos tan prácticas.

Al final el hombre ve la cruda realidad de su pareja, pero aunque no entienda sus fluctuaciones emocionales o sus insaciables deseos de tener cada vez más ropa, verse bien y tener palabras que demuestren atención, atracción y cariño, se da cuenta que ella es la que el necesitaba, en la vida tan constante que tenía, necesitaba de su inestabilidad y sus cambios de humor como un reto y como una forma de vivir la aventura de estar casados.